

Cuadernos del Sur

Número 16 ■ OCTUBRE de 1993

Tierra  del fuego

roland lew

China: un capitalismo llamado socialismo

En China ya ha quedado atrás la primavera/masacre de la plaza Tian An Men de 1989. El centro de escena lo ocupa hoy la reconversión capitalista, eufemísticamente denominada "socialismo de mercado" e inscripta como tal en la nueva Constitución Nacional oficializada en el XIV Congreso del PCCh en Octubre de 1992, poco después del artículo que aquí reproducimos.

Los hechos posteriores no han hecho más que confirmar el ciclo expansivo que atraviesa su economía, 12,8% en 1992 (20% en la industria) y 14% en el primer semestre de 1993, acompañado de un fuerte viraje individualista en la sociedad y una desenfrenada carrera por el dinero y la búsqueda de negocios.

Sociedad en transición y al mismo tiempo impregnada de rasgos tradicionales a la que en otro artículo el autor de este, especialista en el estudio de China, define, como un "imperio presa del cambio" del que poco o nada se conoce en nuestros países.

Los tres años que han seguido a la sangrienta represión de la Plaza de Tíannamen de Pekín se han desarrollado más favorablemente de lo previsto por los res-

ponsables de la masacre de junio de 1989: se han beneficiado de una coyuntura económica propicia y han reducido su aislamiento en el plano internacional. Esta prórroga

toca a su fin, ya que se hace necesario tomar rápidamente decisiones importantes y los viejos dirigentes están a punto de terminar. Sin embargo, estos éxitos facilitan a su vez una relativa "paz social" y, paradójicamente, un ascenso de fuerzas que preparan la transformación capitalista de China.

Deng Xiaoping, en una ofensiva impresionante para un hombre de 88 años de edad, acaba de imponer, apoyando abiertamente a los partidarios del cambio, un retorno a una transición hacia un capitalismo con fuerte presencia estatal, favorable a las iniciativas privadas, abierto al exterior y dirigido con mano firme por un partido-Estado reconvertido. Esta ofensiva, iniciada en enero con una visita de Deng Xiaoping a las provincias del sur, las más implicadas en la reforma, y particularmente a la zona económica especial de Shenzhen, la plaza fuerte del capitalismo en la República Popular, ha continuado a partir de marzo; se implementó una vasta e inusual acción de propaganda con el fin de reducir la resistencia de un aparato central cuanto menos reticente.

El éxito de esta campaña está marcado, para muchos, por una incógnita: el estado de salud de Deng Xiaoping y el de sus adversarios. Hay algo de siniestro, una especie de prueba de decadencia del régimen, en el hecho de que el porvenir de más de mil

millones de personas dependa de la sorprendente resistencia de un puñado de ancianos. Con motivo del decimocuarto congreso del Partido Comunista, previsto para septiembre y octubre, la parálisis de decisión de la dirección no puede prolongarse. Una China que busca vías de transformación se ve así mantenida en suspenso por la temible cuestión de si Deng Xiaoping sobrevivirá o no a su eterno rival, Chen Yun, jefe de filas de los conservadores, de ochenta y siete años de edad. Esta espera de toda una población contemplando la descomposición física de unos patriarcas al borde de la muerte recuerda el fin del periodo maoísta y subraya la ruptura total entre un poder visto casi como parte de un antiguo régimen y el conjunto de la sociedad, incluida una buena parte de los cuadros del partido.

La lucha en la cumbre continúa abierta y tanto más encarnizada cuanto más está contra la pared la corriente conservadora, la cual, controlando numerosas estructuras de mando a nivel central, se ve a menudo impotente en lo profundo de la sociedad frente a las autoridades que controlan sólidamente las regiones. Estos poderes regionales y locales, incluso cuando no son favorables al contenido efectivo de las "reformas", es decir a un capitalismo cada vez más evidente, temen sin embargo las tendencias hacia un

nuevo centralismo por parte del primer ministro, Li Peng.

Puede parecer sorprendente que el equipo de Li Peng esté en tan lamentable estado cuando el balance de su gestión económica está lejos de ser negativo, al menos a corto plazo. La situación es y seguirá siendo frágil, pero, por ahora, China forma parte del grupo de los "dragones" de Asia: entre un 6% y un 7% en la tasa de crecimiento de los últimos años (7% en 1991, 10% en el primer trimestre de 1992 quizás entre un 8% y un 10% para el conjunto del año). Y algo aún más inesperado: el poder ha conseguido reducir fuertemente la tasa de inflación (2% en 1990 contra 18% en 1989, y 3% en 1991). Lo que prueba, al menos, un dominio de la política macroeconómica, una cierta capacidad para hacerse obedecer -situación nada evidente hace apenas tres años. Pero estos resultados suponen, paradójicamente, otras tantas victorias de los adversarios del equipo de Li Peng. China ha continuado, desde 1989, abriéndose económicamente al mundo. Más aún, ha practicado con éxito una agresiva política de exportación de productos de bajo contenido tecnológico. En su conjunto, las ventas al extranjero se han doblado entre 1985 y 1990 (mientras que se han reducido severamente las importaciones, política de austeridad obliga). El saldo comercial se ha

convertido en positivo en 1990 y 1991 (en más de 12000 millones de dólares); China es, después de Japón, el país cuyos intercambios con Estados Unidos resultan más excedentarios (con un saldo positivo de 11500 millones de dólares en 1990). Ahora bien, esta política comercial tendiente a ocupar los rubros de base tecnológica abandonados por países como Singapur, Taiwan o Corea del Sur, había sido propuesta por Zao Ziyang, el antiguo secretario general del Partido Comunista, reformista eliminado en la primavera de quien cada vez hay más motivos para rehabilitar.

El crecimiento del sector privado

Y una constatación aún más agobiante para el equipo de Li Peng: lo esencial del crecimiento proviene del sector no estatal -empresas privadas rurales y urbanas y del sector cooperativo, mixto y colectivo (de hecho ampliamente privatizados, o fuera del control de los cuadros locales). El sector estatal abarcaba, en 1978, el 73% de la producción industrial, pero en 1990 este porcentaje era ya sólo del 35%. El sector privado (comprendido el controlado por el extranjero), partiendo de cero en 1978 (estaba entonces prohibido), representaba el 5% de la capacidad industrial en 1985 y el 38% en 1990.¹

Las políticas puestas en práctica iban,, en contraposición con el discurso oficial, en el sentido de profundizar la reforma, de ir más allá en ella, y de la reintegración progresiva de China en la economía capitalista mundial y de su subordinación a ella.

El poder, en palabras del propio Deng Xiaoping, se ha arrepentido recientemente de no haber permitido antes a Shangai, durante mucho tiempo bastión de la industria estatal, convertirse en centro capitalista activo, capaz de atraer capitales del exterior.

Tras estos tres años de inesperada tregua, el poder debe ahora trazar con urgencia una línea de conducta de cara al futuro. Por otra parte, este era el objetivo principal de Deng Xiaoping en enero. No podía haber sido más claro. El socialismo es el desarrollo, es lo que decía en esencia. Y el desarrollo a la china está representado por la zona económica especial de Shenzhen. Y el modelo de Shenzhen es Hong Kong, con quien compite en la misma zona. Así pues, el socialismo chino es... un Hong Kong socialista. No tomemos en cuenta la provocación, sin duda deliberada.

Todo chino ya sea favorable u hostil de Deng Xiaoping, lo comprende perfectamente: el modelo es capitalista. Y Deng Liqun, uno de los dirigentes más conservadores, inventor a principios de

los años 80 de la noción de "polución espiritual", está perfectamente autorizado para decir que Deng Xiaoping se desprende del maoísmo y del marxismo-leninismo.² En efecto, éste ha subrayado, como no lo ha hecho ningún otro, la necesidad de preparar la mutación económica del país y la salida (y no la autoreforma) del socialismo real. El socialismo que se proclama no tiene ningún otro contenido que que la perpetuación del aparato comunista, al menos de aquellos que, en su seno, están dispuestos a reconvertirse a un régimen socialista que combine el poder del partido-Estado con una economía capitalista bajo fuerte control estatal. Una combinación hasta tal punto explosiva que no extraña el silencio oficial en lo que se refiere a las modalidades de su puesta en práctica...

Al decidir valorizar Shenzhen de forma tan ostentosa, y al poner los puntos sobre las íes proponiendo hacer de Hong Kong un modelo para las regiones más desarrolladas del país, Deng Xiaoping ha quemado, en cualquier caso, sus últimos cartuchos porque no hay perspectiva de vuelta atrás. Cuando Shenzhen, un territorio de 330 kilómetros cuadrados, fue elegido como zona económica especial en 1979, al comienzo de la reforma, se trataba realmente de forjar una cabeza de playa para las inversiones exteriores y de beneficiarse de

la vecindad de Hong Kong. Pero también había la intención de preservar al resto de China de una contaminación capitalista. Para gente muy concreta, China se iniciaría en la tecnología a cambio de inversiones en principio rentables para los capitalistas extranjeros. Ahora bien, las zonas económicas especiales, a pesar de sus difíciles comienzos y de su incapacidad para atraer la alta tecnología.³, se han multiplicado y se sitúan en el corazón del desarrollo de las provincias costeras -fachada marítima considerada en sí misma como el elemento motor del crecimiento de una China abierta al mundo. La zona de Shenzhen tenía 70000 habitantes en 1978; ahora cuenta con más de dos millones, a los que hay que añadir varios centenares de miles de trabajadores ilegales, mientras que en el proyecto inicial, se pensaba llegar a los 800000 habitantes para el año 2000.⁴

Los chinos echan a andar hacia el nuevo Eldorado. Se ven atraídos por salarios muy superiores a los del resto del país. Pero estos salarios están reservados a los residentes (y han sido obtenidos gracias a fuertes presiones obreras), ya que gran número de campesinos que se instalan en la región, se encuentran rápidamente en las condiciones que tan bien conocen los trabajadores del distrito de Baoan -incluido sin embargo en la zona de Shenzhen-, que sufren la

fuerte y nueva explotación capitalista, y donde los obreros ganan a menudo menos de los 200 yuanes del salario mínimo, cuando los salarios alcanzan frecuentemente los 500 y 1000 yuanes en el resto de la zona; la norma de las 48 horas de trabajo semanales se ha sobrepasado tranquilamente. No existen ni contratos ni verdadera protección social o médica. Los reglamentos de seguridad apenas se aplican: en 1991 los accidentes de trabajo causaron 540 muertos y heridos.⁵ Sin embargo, el flujo de campesinos no se detiene, pues el paro y el subempleo arrojan por millones a la población rural a las carreteras del sur, a la búsqueda de recursos que la tierra ya no les procura.

Los capitalistas de Hong Kong invierten masivamente en la zona de Shenzhen: dos tercios de los capitales provienen de allí. Disponen de una mano de obra barata, de un acceso al continente y de ventajas sustanciales: las jóvenes campesinas llegan para contratarse como sirvientes, a veces como amantes, si no como prostitutas, en la segundas viviendas de los amos de Hong Kong. Un capitalismo salvaje poco escrupuloso como modelo, con la bendición del patriarca.. lo cual es, ciertamente, muy poco maoísta.

No se trata sólo de venderse al más afortunado o al que más ofrezca (venta cuyo producto,

por lo demás, no hará sino volver pronto, en el caso de Hong Kong, al seno de la madre patria). El objetivo es igualarse con Hong Kong, valorar a los que, especialmente en la zona de la fachada marítima del país, piensan poder participar con algún éxito en esta competencia. Tal es el caso de Shangai, que, habiendo salido tarde en la carrera hacia el capitalismo, trata de compensar su desventaja.

Hay que aprender, pagar el precio de este aprendizaje y esforzarse en favorecer la eclosión de los empresarios de la China continental, en preguntarse demasiado sobre el origen de los capitales de esta nueva clase. China está mucho más avanzada que Rusia en la constitución de una clase de hombres de negocios, producto de una mezcla de burócratas (o sus hijos) y nuevos capitalistas.

Los otros (la mayoría de las regiones y de los habitantes del país) no pueden esperar sino que las zonas prósperas contribuyan en su momento a desarrollar los vastos espacios dejados de lado. La China que avanza es más que nunca una China con varias velocidades. El editorial del diario del Pueblo del pasado 1º de mayo anunciaaba a los obreros una era de sacrificios -temporales, según se les asegura. El tono del texto no deja apenas dudas sobre la resistencia obrera a la nueva orientación⁷. Una resistencia que se manifiesta

desde los comienzos de la reforma y que ha limitado el impacto de ésta. Esta vez, el grupo reformador parece decidido a pasar por encima de ella.

La distancia entre la ideología que se proclama y la práctica es inmensa. Más que en las batallas en la cumbre, de incierto resultado, ahí es donde se puede ver de forma más evidente la derrota del régimen "comunista". La rigidez del discurso, la rugosidad de la lengua oficial han mastizado una flexibilidad en la gestión concreta que se ha impuesto en sectores cada vez más amplios del aparato. Tal es el reto principal para una parte de los dirigentes: organizar las transformaciones, asegurar la reconversión del régimen y de una fracción de la élite, evitando así un derrumbe del poder. "Cambiarlo todo para que todo siga igual", según la célebre fórmula del héroe del *El Gatopardo*⁶. Y, sobre todo, organizar el cambio dando la impresión de que no se quiere cambiar nada. Esta es, en cierta medida, una constante. Las capas dominantes tienen en Occidente la reputación, desde hace siglos, de desear ante todo la perennidad china, la continuidad de los valores de su civilización y la perpetuación de las élites tradicionales. Hasta el punto de que la burocracia comunista y la ruptura maofsta de 1949 han sido situadas en esa continuidad. ¡Qué no se

habrá dicho sobre el inmovilismo chino, sobre el bloqueo de cualquier evolución por parte de los mandarines; y, más recientemente, sobre las rigideces del maoísmo y de estos maoístas tardíos acaudillados por Li Peng, que ocuparon la totalidad del poder tras la represión de 1989!

Más bien es lo contrario lo que prima hoy en día. Si nos atenemos a los últimos siglos del imperio, que son los que cuentan a la hora de comprender la China moderna, hay que constatar una flexibilidad, una relativa capacidad de adaptación del poder y de los componentes de la sociedad. No se trata tanto de realizar la flexibilidad en tanto que tal como de responder a una tarea que requiere, en sí misma, la inflexibilidad más absoluta: la asunción de la unidad china.

Ha sido necesario que el mundo occidental constate la sorprendente facultad y adaptación, desde hace dos o tres decenios, de las diásporas chinas, como las de Hong Kong, Singapur o Taiwan, para que los investigadores y observadores se den cuenta de que la flexibilidad es un rasgo esencial de la civilización china, al menos en el transcurso de los últimos siglos. Al contrario que Max Weber, que insistía en las trabas culturales, hoy en día se tiende más bien a poner el acento sobre aquello que en los valores chinos hacen a este pueblo tan apto para el comercio,

para el capitalismo, para la asimilación de las innovaciones del mundo exterior.

Los tres últimos años han sido los de la regresión política, de la reafirmación del maoísmo hasta la caricatura, lo cual no ha frenado esta capacidad de efervescencia bajo la apariencia de inmovilismo, a todos los niveles de la sociedad. Socialismo, comunismo o maoísmo significan poco más que nada más -allá del imperativo de grandeza, de unidad y de cambio tendiente a garantizar la continuidad. El modelo soviético parecía, hace algunas decenas de años, poder cumplir esta función. Hoy, el capitalismo está considerado, por parte de las élites urbanas, como el modelo a adoptar y a adaptar. El riesgo, nada despreciable, de que en un capitalismo que introduce una diversidad plena de contradicciones y una multiplicidad de Chinas, pueda provocar el estallido del país -y, por lo tanto, lo contrario del objetivo buscado- parece temerse menos que el peligro de derrumbe de una nación que, como en el siglo XIX, se dejaría dominar. Si se exceptúa una cierta tentación independentista aún minoritaria en Taiwan, la unidad del territorio no se pone en cuestión, ni en las regiones favorecidas ni en las regiones estancadas. Salvo en algunas provincias periféricas no muy antiguas del país, sobre todo en el Tíbet.

Docilidad del mundo rural

El poder no sólo ha obtenido éxitos económicos, sin duda provisionales pero preciosos para un régimen desacreditado. Los males sociales, la indisciplina, la inseguridad en las ciudades y en el campo, la resistencia obrera, la desafección de los intelectuales, todo ello está tan presente como hace tres años; pero la oposición organizada ha desaparecido. Es la época del cada uno a lo suyo. El gusto por los negocios se ha adueñado de algunos contestatarios. Otros se han desanimado. Los intelectuales se han retirado de la política, como sus antepasados lo habían hecho tras los desastrosos comienzos de la primera República, en 1912.

Las acciones obreras de una cierta magnitud se están haciendo esperar. Todos los días se da un considerable distanciamiento entre la vivacidad de la resistencia obrera por la base, resistencia a veces muy corporativista, y la ausencia, a escala bastante importante, de organizaciones (sindicales y otras) independientes del poder. Es cierto que la represión de todas las tentativas que van en ese sentido ha sido siempre inmediata y feroz, más sistemática que la que ha caído sobre los intelectuales.

En cuanto al campo, se ha visto aliviado por el fracaso de las

tentativas de restaurar en parte las estructuras colectivas. Se han beneficiado de un alza sustancial de los precios, de una cosecha record (lo uno está ligado a lo otro), de un relanzamiento de un importante sector de la pequeña industria rural que había sufrido mucho con la política de austeridad llevada adelante a partir de 1988. El campo ha conquistado una cierta autonomía económica y de gestión de la vida cotidiana; a cambio, hacen gala de una gran docilidad frente al poder. Este consentimiento sin aprobación, no carente de cálculo, sigue siendo la gran baza de las autoridades.

Sin embargo, no se puede descartar ninguno de los grandes peligros. El peso demográfico continúa representando el más terrible fardo, junto a los graves problemas ecológicos. La economía continúa siendo frágil, la inflación vuelve a despegar (se habla de un 5% y un 6% para este año, posiblemente). Las fracturas sociales se agravan en este país-continente cada vez más desigualitario, en el que las periferias, en el sentido social y geográfico, son abandonadas a su suerte, lo que provoca crecientes tensiones entre las minorías nacionales fuertemente representadas en las zonas alejadas. A esto se añaden las incertidumbres sobre el régimen, la guerra de sucesión que no termina, bloqueando la búsqueda de espacios políticos nuevos.

Hay una sola convicción: el socialismo real chino agoniza, aunque la muerte clínica pueda retrasarse por el miedo al caos, por las maniobras burocráticas

cas o por la sorprendente longevidad de algunos personajes históricos.

Notas

1. Far Eastern Economic Review (Hong Kong), (23 abril 1992).
2. survey of World Broadcasting (SWB), BBC, Londres, (22 mayo, 1992), que reprodujo un discurso de Deng Liqun de enero, poco más o menos en el momento en que Deng Xiaoping hacia su gira por el sur.
3. He Bochuan, China on the Edge: The Crisis of Ecology and Development, San Francisco, China Books, 1991 (ver Le Monde diplomatique, junio 1992).
4. Far eastern Economic Review, 14-5-92
5. Ibid
6. ki Lampedusa, Giuseppe Tomasi: El gatopardo, (traducción francesa), París, Le Seuil, 1959)

